

se untaban de un almagre colorado, y porque eran diferentes de los casados dábanles todo aquel tiempo por maestro y guía al hijo del señor de la tierra, y si no tenía hijo, el deudo más cercano, con que fuese mancebo.

Este tenía cargo de llamar á los muchachos de siete años arriba y repartíalos én cuadrillas y cada uno tenía su guía y adalid.

Juntábalos á estos para que trajesen leña, porque en este tiempo se gastaba mucha en el templo.

Dormían en los portales, no sólo cuando hacían su ayuno, más aun casi todo el año, porque no les era permitido tratar ni saber de los negocios de los casados, ni aun sabían cuando habían de casarse, hasta el tiempo que les presentaban las mujeres, porque eran muy sujetos y obedientes á sus padres y mayores.

Cuando estos mancebos iban á sus casas á ver á sus padres y madres, tenía se cuenta que no hablasen los padres cosa que fuese menos honesta, porque los mozos y doncellas no oyesen cosa de mal ejemplo y fuesen conmovidos á pecar ó á deseo malo.

CAPITULO XVIII

De la cuaresma que tenía la gente de Guatemala y de sus ayunos, de los sacrificios que hacían de hombres, y cómo mataban á sus padres cuando eran viejos.

Ya que los desta provincia sabían el día y tiempo cuando comenzaba su pascua y cuando se hacía el aparejo de ella, comenzaban su ayuno, llamado Cuaresma, porque así entendemos nosotros el ayuno mayor que ellos hacían como nosotros el Cuadagesimal, y esto se hacía con gran recogimiento de parte de todos, así hombres como mujeres.

Los hombres iban al templo á orar, las mu-

eres quedaban en casa para mirar por la familia.

Cuando volvían del templo las mujeres los recibían con gran extrañeza, porque ni les hablaban ni les saludaban, y así, no hacían más que comer y volverse al templo.

Llegada la noche ya, cuando eran las nueve ó poco más, venían á casa, no á dormir, mas á llamar á la mujer ó hijos; si los niños ya eran grandecillos ibanse juntos á las faldas de los montes, y si no los había á las encrucijadas de los caminos, y allí comenzaban los padres á sacrificarse y sacar sangre de muchas partes de su cuerpo con sus piedras y navajas y enseñaban á los hijos á hacer lo mismo y decíanles que pidiesen á los dioses salud, buenos temporales y lluvias y las demás cosas necesarias para la vida humana; pero si los muchachos rehusaban con el miedo de herirse y sacar sangre, los padres los sajaban y herían por fuerza, y esto hacía hasta hacerlos perder el miedo.

Hecho esto, todos en común pedían á sus dioses les favoreciesen y remediasen y ofrecían de lo que tenían, así como pájaros y flores é incienso.

Este ejercicio tenían cada noche mientras duraba su ayuno y penitencia, y el resto que

quedaba de la noche iban á sus estaciones buscando lugares más acomodados, para pedir á los dioses de nuevo lo que tenían necesidad.

Hechas estas sus estaciones despedían á sus mujeres y mandábanlas que se volviesen á sus casas, y con ellas los hijos; pero si no los tenían, ellos las acompañaban, y llegados á la puerta se volvían al templo.

Guardábase otra ceremonia al principio de la cuaresma, y era que soltaban todos los esclavos, que después habían de ser sacrificados, á los cuales daban libertad de esta manera.

Que á cada uno le echaban una argolla de oro ó plata ó cobre al pescuezo, y pasábanle un palo por ella, como chaveta, y dábanle cuatro hombres de guarda.

Este andaba por todo el pueblo, y en cada casa que quería entraba, y si quería comer con el Rey y con el grande y chico lo podía hacer, y no se lo prohibían, solamente tenía de premia, que no podía salir del pueblo, y tener la argolla y la guarda de los hombres.

Y todos tenían cuenta de hacerle muy buen tratamiento y lo mismo hacían á los que lo guardaban.

Llegados los últimos días, que eran siete, antes de la Pascua, juntaban á todos los que ha-

bían de ser sacrificados en una casa, que para ellos era diputada, la cual estaba junto al templo, y allí todo aquel tiempo les daban de comer y beber hasta emborracharlos.

Ya, cuando no faltaban más que tres días, todo el pueblo se ejercitaba en barrer y aderezar los caminos y adornarlos, de manera que todo aquello que podía servir de representación de fiesta le aparejaba.

Los capitanes y maestros que dijimos tener a cargo de los muchachos y mancebos, mandaban traer á unos ramos, á otros hojas de pino, para echar por el suelo, como echamos en España la juncia y espadañas.

El postrero día, que era la víspera, barrían todos los aposentos del templo, y los fuegos ó braseros quedaban muy limpios, porque llevaban las cenizas á unos purificatorios ó consumidores diputados para esto, todo el mundo se quitaba aquel tizne y lavábanse, de manera que quedaban muy limpios, y vestíanse de sus mantas nuevas y limpias y muy galanas.

Si era tiempo de que estaban los trigos ó maíces granados, traían de aquellas mazorcas, y poníanlas alrededor de los altares é ídolos; y si estaban secos los panes también traían espigas.

Traían muchos instrumentos musicales, de manera que no faltaba nada la víspera y todo lo necesario estaba á punto.

A la noche los hijos del Rey y de los otros señores iban por los ídolos adonde los tenían escondidos y traíanlos con gran procesión por todas las calles y caminos y de trecho á trecho les ofrecían aves y animales, flores y frutas, incienso y cosas olorosas; como iban allegándose al pueblo los dioses, venían algunos de aquellos mancebos á gran priesa, y decían al Rey y á los demás señores y sacerdotes que ya venían los dioses, y cuanto más venían acercándose, tanto más priesa se daban á avisar.

Cuando ya venían junto á la ciudad ó arrabales, salía el gran sacerdote á los recibir muy acompañado de los otros sacerdotes y ministros del culto divino, y en llegando á ellos les ofrecía sacrificio; en entrando en el pueblo, entraban callando y con mucho silencio, y así iban al templo, y en entrando, hacíasele al pueblo cierta señal para que supiese que ya el gran dios estaba en su propio lugar.

Todo lo que quedaba de la noche se gastaba en andar estaciones y visitar el templo, de manera que no se dormía nada della.

Ya que habían asentado los ídolos en sus al-

tares, comenzaban á tañer los atambores y á sonar las otras músicas, y allí se hacían bailes y cantos y otros infinitos regocijos, y en estos ejercicios les tomaba el alba; en amaneciendo todo el mundo iba á casa, y se lavaba, y cada uno traía aves é incienso para sacrificar, y dábanlo á los sacerdotes para que ellos lo ofreciesen, y en tanto cada uno pedía al dios con humildad lo que más tenía necesidad.

Llegada la hora del gran sacrificio, el sumo sacerdote se vestía de Pontifical, que era una capa cuya hechura yo no sabría describir; poníase una corona de oro, ó plata, ó de otro metal, la cual estaba adornada de piedras preciosas, y así se ponía otras cosas el Pontífice que le hacían muy autorizado y vistoso.

Tenían aparejadas unas andas muy ricas con muchas joyas de oro, plata y pedrería, y entre estas riquezas ponían rosas de varios colores y muy aderezadas; componían el ídolo y poníanlo asentado en ellas, y luego comenzaban la procesión por de dentro del patio del templo, adonde había muchas invenciones de cantos, danzas, bailes y muchos atabales y músicas, y teníaase tanto orden en que fuese con gran concierto, que con ir infinidad de gente, no había confusión, mas todos iban puestos en sus lugares.

Acabada la procesión, el ídolo paraba en un altar junto á la piedra adonde habían de sacrificar á los hombres, poníanse junto á él los atabales y ministriles.

Cantábanse aquí por gran pieza de tiempo las cosas antiguas que esta gente había hecho en tiempo de paz y guerra.

En tanto que cantaban, iba el Rey y los otros señores al lugar adonde estaban los esclavos, y sacábanlos de uno en uno, y cada uno tomaba el suyo de los cabellos y lo traía delante del sacerdote supremo y del dios, y venían diciendo á grandes voces:

«Señor, acuérdate de nosotros, que somos tuyos, danos salud, danos hijos y prosperidad, para que tu pueblo se acreciente, danos agua y buenos temporales para nos mantener y que vivamos. Oyenos nuestras peticiones, recibe nuestras plegarias, ayúdanos contra nuestros enemigos, dándonos holganza y descanso.»

Todas estas peticiones y palabras iban diciendo, de manera que todo el pueblo lo oía.

Llegando al altar del sacrificio, estaba el sacerdote carnicero aparejado, y el señor le ponía la víctima en las manos, y él con sus ministros, guardando el orden que en otras provincias se guardaba, sacaban el corazón y lo ofrecían al

ídolo, y el sacerdote con tres dedos tomaba de aquella sangre y rociaba el ídolo, y luego echaba de aquella sangre contra el Sol, haciendo primero algunas ceremonias de no mucha importancia, y desta manera andaba de ídolo en ídolo y de altar en altar, untándolos con aquella sangre.

Ponían las cabezas de los sacrificados sobre unos palos en un cierto altar, para esto solamente dedicado, adonde se quedaban por algún tiempo, el cual pasado los enterraban.

Daban estas gentes dos razones porque los empicotaban: La una era porque estando así á vista de todos los dioses, se acordasen de lo que les habian pedido, y mirasen cómo les habian ofrecido gran sacrificio. La otra era porque los hombres viendo aquellas cabezas considerasen cómo habian sido cortadas por los pecados de todos, y también las dejaban allí para que el Rey de la tierra viendo tan gran sacrificio, se conmoviese á aumentar la religión, porque los enemigos que les quisiesen hacer mal y guerra los temiesen, cuando entendiesen que si eran presos habian de pasar por la misma ley.

Los cuerpos de los sacrificados eran cocidos, y comíanse como carne santificada; las manos y los piés y otras cosas delicadas presentábanse

al gran sacerdote y al Rey, como cosa más sabrosa; todo lo demás se distribuía por los otros sacerdotes y ministros del altar, porque á los del pueblo no les alcanzaba bocado; aquel día era libertado para hacer grandes banquetes y borracheras, así se mataban infinitas aves, mucha caza, de manera que todo género de comida que ellos tuviesen allí en uso, la tenían presente; vinos tenían muy diferentes, porque aunque no eran de uvas, ellos tenían semillas y cosas de que los hacían de diversas maneras, que tenían sus nombres de mejoría, como acá los de Medina, Illana, Ribadavia, Toro y San Martín. Estos banquetes tanto mayores eran cuanto lo eran las personas que los hacían.

Hacían muchas danzas y bailes y otros juegos en presencia de sus ídolos, y dábanles á beber del vino más precioso que tenían, remojándoles las bocas y las caras.

Si se emborrachaban y bebían con exceso estas gentes, no lo hacían tanto por vicio cuanto porque en esto creían que hacían un gran servicio á Dios, y así el principal que se emborrachaba más, era el Rey y los señores principales.

Otros no se emborrachaban, pero no era por que por ello fuesen de menos valer, sino porque

habian de gobernar la tierra y proveer á los negocios del reino mientras el Rey estaba ocupado en aquella religión y se emborrachaba.

Duraban aquellas fiestas tres y cinco y siete dias, según lo que ordenaban los ministros y lo decian cuándo se habian de comenzar.

En estos dias cada tarde andaban en procesión con grandes cantos y músicas, llevando el ídolo é ídolos por las calles y plazas, y adonde habia lugar preeminente hacian altares y ponian mesas y allí paraban, y como nosotros representamos farsas y autos, así ellos jugaban á la pelota delante de sus dioses.

El último dia, quando llegaba la noche, cesaba de todo punto la fiesta, y cada uno se iba á su casa, salvo los ministros que asistian en el templo, éstos volvian á esconder los ídolos y á servirlos como solian de ordinario.

Esto es quanto á las fiestas y sacrificios, pero otras cosas particulares tenian los desta provincia en lo tocante á la religión, que de necesidad es bien que se sepan, y así en el capítulo siguiente lo trataremos, porque el lector no se canse tanto.

CAPITULO XIX

De los lugares adonde sacrificaban los de Guatemala, así como en fuentes, cerros, cuevas y debajo de los árboles. Tráense otras cosas curiosas.

Como esta nación tenia gran cuidado de las cosas de Dios, procuraban de tener las estátuas de los ídolos, que ellos llaman dioses, con gran reverencia y en diversos lugares, para irse á encomendar á ellos en sus necesidades.

Así quando labraban casas de nuevo, la median, consagraban y dedicaban al dios de las casas, que se llamaba Chahalhuc, y en aquella parte le tenian hecho su altar y su lugar de hacerle sacrificio, en el cual ponian incienso y

mataban aves y otros animales, ponian por las paredes la sangre que se sacaba, y pegaban plumas alrededor (digo plumas ricas destas que nosotros usamos para las gorras y sombreros) y en la puerta de la casa hacian lo mesmo, porque con aquello se aseguraban que no entraria en casa cosa mala.

Cuando cortaban la madera para hacer las casas, hacian sacrificio al dios de casa por ella, suplicándole que la casa para donde se cortaba aquella madera fuese dichosa, y que en ella viviesen muchos dias y con felicidad.

Tenian así mesmo sus oratorios particulares adonde acudian en los mayores trabajos que les sucedian, por la mayor parte los tenian en arboledas muy espesas, que la escritura sagrada llama Lucos.

También sacrificaban debajo de árboles muy espesos y acopados, debajo de los cuales se acostumbraba á dogollar y derramar sangre de varias partes de sus cuerpos.

También sacrificaban en las fuentes, en especial cuando pedian hijos; y si hallaban algún arbol muy espeso que tuviese debajo alguna fuente, tenian por lugar divino aquel tal, porque concurrían dos divinidades, así en el arbol como en las fuentes.

Hacían sacrificios en las cuevas y en los lugares oscuros, y en las encrucijadas de los caminos, y en las puntas de los cerros, y conforme á las peticiones que habían de hacer, así escogían los lugares.

Tenian humilladeros antes de entrar en los lugares, adonde tenian hechas unas capillas, y allí habia altares é idolos.

Estos oratorios se decian Mamuz, y destes habia de trecho á trecho en los caminos, adonde hacian sus oraciones y ofrecían sus sacrificios. En llegando al humilladero tomaban unas yerbas y dábanse con ellas en las piernas y escupian en ellas y poníanlas en el humilladero con una piedra encima.

Esto decian ellos que era cosa saludable para desechar el cansancio, y luego sentían fortaleza en las piernas; ofrecían allí algodón ó caza ó sal ó pimientos ó de las otras cosas que llevaban, y de aquello como de cosa sagrada, no habia nadie que osase tomar nada, y así se quedaba allí y se perdía.

Cuando quiera que caminandoles acaecía adversidad y peligro, luego acudian á se encomendar á Dios, y se dolían de sus pecados, y se confesaban á solas, y se llamaban pecadores.

Si topaban algún tigre (de los cuales abunda aquella tierra) luego le confesaban sus pecados, diciendo:

—Tantos pecados he cometido, no me mates.

Si caminaban muchos juntos, sentábanse y decían: que aquel tigre era el pecado de alguno, y que el que allí iba culpado que aquel mataría.

Acaeció cuando se comenzó la predicación del Santo Evangelio, en la provincia de la Vera Paz, que iba por el camino un hombre con su mujer, y vieron un tigre, y la mujer como ya estaba enseñada en la fe, comenzó á santiguarse, y á decir la doctrina cristiana, que en su lengua llaman Tih, y como la mujer iba rezando siempre, dijole el marido:

—Da voces y deja el Tih; mas ella no curó de lo que decía su marido, mas perseveraba en rezar, y en fin, huyó el tigre, de lo cual quedaron muy contentos, y fueron luego á los Padres Dominicos, que predicaban por allí, y diéronles de sus presentes pobres, y contáronles el caso como había pasado, de lo cual dieron gracias á Dios, porque por la doctrina de la verdad, el demonio perdió la fuerza que había puesto en aquel tigre.

Tenían los demonios tan encarnizados á es-

tos terribles animales, que luego que no les confesaban sus pecados los mataban.

Y así aquellos nuevamente convertidos á la fé, con la flaqueza algunas veces, si veían algún tigre, olvidados de la señal de la cruz, se volvían á su antiguo error y costumbre, por lo cual los castigaba Dios.

Así tenemos ejemplo de que en el mismo lugar á do acaeció lo que poco ha conté; como un tigre llegase á la puerta de una india y la tuviese cerrada, y haciendo ruido el tigre, ella abrió pensando que fuese otro, y olvidándose de lo que le habían enseñado los religiosos, cuando vió el tigre, dijo:

—Señor, no me mates, que no tengo más de tres pecados;—y permitiéndolo Dios, porque no creyese que el animal tenía poder de librarla, arremetió el tigre á ella y la despedazó.

Cuando quiera que habían de comenzar alguna obra, luego antemano hacían sacrificios; y así cuando iban á cazar plumas, ó á los pájaros que las tienen, la liga con que los habían de tomar incensaban y la santificaban, creyendo que con aquello ternía más fuerza.

Al tiempo que habían de sembrar cualquiera simiente, lo primero que hacían era hacer sacrificios, y mataban algunas gallinas y la san-

gre esparcían por los cantones de la heredad adonde se habían de sembrar.

Estaban también ciertos días antes que sembrasen apartados de sus mujeres, porque tenían por cosa escrupulosa dormir con la mujer ó ir á sembrar; y así tenían otras supersticiones y niñerías.

En las huertas y arboledas, tenían en medio algún ídolo, al cual sacrificaban, porque guardase aquellas frutas.

Cuando querían escardar los trigos, ponían fuego ó incienso á las cuatro partes de la heredad y en medio, y pedían con mucha humildad que les guardasen aquellos panes hasta que los cogiesen.

Cuando granaba, daban las primicias á los sacerdotes ó molíanlo, y de la harina hacían un engrudo y untaban al ídolo y piedra que estaba puesto en la heredad ó dábanlo para que lo comiesen algunos pobres, viejos y enfermos.

Hecho el Agosto daban en grano sus diezmos.

Cuatro cosas pedían comunmente los de esta provincia á sus dioses.

La una era la vida larga y la salud; hijos y mantenimiento para pasar la vida.

Para la primera se enderezaban los sacrificios comunes y sus penitencias.

Para la salud, lo primero que hacían era hacer sacrificio, ó enviar codornices, ú otras aves de ciertos colores que ya eran aplicadas para la enfermedad, y el sacerdote las tomaba y sacrificaba.

Si era señor el que demandaba la salud, siempre tenía el médico delante, el otro pueblo no; pero luego la mujer tomaba, si el marido era el enfermo, una manta ú otra cosa de valor, é iba con ello al médico y decíale:

—Fulano, vuestro hijo está malo, ruégaos mucho que lo visitéis;—y sin esperar lo que respondiese algo, le ponía delante lo que traía para darle, y así se despedía.

El médico entonces desembarazándose de lo que tenía entre manos, iba á ver al enfermo, y si la enfermedad era liviana, poníale algunas yerbas y otras cosas y de que él usaba para enfermedades comunes; pero si era aguda y peligrosa, decíale:

—Tú algún pecado has cometido;—y tanto le apretaba en esto, que forzado venía á decir lo que quizá había diez y veinte años que había hecho; y esto se tenía por medicina principal en las enfermedades peligrosas, porque creían que echado el pecado fuera del alma, quedaba el cuerpo aliviado.

Y así de aquella antigua costumbre ha quedado en la tierra muy más santa y provechosa, y es: que estando uno enfermo, luego se escuda con la confesión, en tanto que muchas veces van cuarenta leguas á buscar sacerdote.

Confesando, pues, su pecado al médico, echaba el físico suertes sobre qué sacrificio se haría, ó de qué cosa por la salud, y aquello que allí determinaba, aquello hacían, porque sobre manera eran obedientísimos á los médicos.

Muchos, viéndose en gran necesidad, hacían votos que si ganaban ó eran librados del trabajo en que estaban, sacrificarían un esclavo, y á veces un hijo ó hija; y lo mesmo hacían cuando se veían cautivos y en semejantes aprietos.

Tenían por gran pecado no cumplir los votos y así los cumplían ó morían por cumplirlos. Para conseguir y alcanzar hijos cuando no los tenían, ofrecían muchos géneros de sacrificios: sacábanse mucha sangre de diversas partes de sus cuerpos, sacrificaban muchas aves, hacían muchas promesas, llamaban á los médicos y á los sortilegos y hechiceros, para que les diesen consejo para poder tener hijos; y estos diabólicos hombres luego acudían con decir que por sus pecados no permitían los dioses que tuviesen

hijos ni hijas, y á tiento les mandaban hacer penitencia; y lo que más acostumbraban á mandar era: que apartasen cama marido y mujer, por espacio de cuarenta ó cincuenta días, que no comiesen cosa con sal, que comiesen pan seco ó sólo maíz, y que estuviesen tantos días en el campo metidos en alguna cueva que les señalaban, ó que durmiesen sobre la tierra desnuda.

Todo esto hacían porque sus dioses se aplacasen y les diesen hijos; y hechas todas estas cosas, les daban licencia que volviesen á conversar con sus mujeres.

Tanto era el deseo de tener hijos, que ninguna cosa que les mandaban los médicos, por grave que fuese, les parecía dificultosa.

Y así el primer hijo que les nacía, le nombraban del ídolo que era dedicado al día del nacimiento, y no querían darle nombre de padre ó madre.

En naciéndoles el hijo ó hija, luego mataban una gallina y la sacrificaban ó la enviaban al sacerdote para que la sacrificase, dando gracias á los dioses por la criatura que les daban.

Hacían en el nacimiento de los hijos muchos convites y fiestas á los parientes.

Cuando lavaban la criatura, ofrecían sacrifi-

cio de incienso y papagayos, y este lavatorio se hacia en alguna fuente fresca y muy clara, y si no habia fuente, en el río adonde llevaba mayor corriente.

Ofrecian á aquella fuente ó río, aquel día todos los vasos y cosas que habian servido á la mujer parida en el parto.

Echaban suertes para qué día sería bueno cortar el ombligo, y hallado el día, ponían la tripilla sobre una espiga ó mazorca de maíz, y con una navaja nueva que no hubiese servido, la cortaban, y la navaja era echada en una fuente como cosa bendita.

La mazorca de maíz desgranábanla y sembrábanla si era tiempo, y si no, guardaban el grano para su tiempo y sembrado, cultivábanlo como cosa sagrada, y espigado y molido, hacían de aquella harina las primeras papas que daban al niño; lo demás que había producido de aquellos granos, era para el sacerdote; y aún eran tan supersticiosos que guardaban de aquel trigo para cuando el muchacho fuese grande y lo sembrase.

Cuando la criatura estaba para destetar, hacían gran fiesta los padres, convidando á sus deudos y vecinos, y hacían sacrificio, porque lo habian señalado para este efecto.

Hacían también sacrificio cuando la criatura andaba á gatas, y cuando comenzaba á hablar: cuando la primera vez lo trasquilaban y le cortaban los primeros cabellos, hacían fiesta, y tomaban los cabellos y quemábanlos á vueltas con el incienso.

El día en que nacía el niño ó niña, era habido por toda la vida en gran solemnidad, y festejábanlo con convite.

La primera obra que hacían sus hijos con sus manos la ofrecían á los dioses; las mujeres daban mantas tejidas de sus manos, y los muchachos arcos ó ballestas; estas cosas las mismas criaturas las llevaban y las daban á los sacerdotes; llegados á ocho años, eran puestos en los templos.

Las niñas vivían en gran recogimiento hasta el tiempo de casarlas.

Estas, pues, son las costumbres y ritos que tenían los de Guatemala, acerca de los sacrificios y su religión.